



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,  
Número suelto 4 rs.

NUM. 225.—SÁBADO 18 DE JUNIO DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60,  
Ultramar y extranjero: Año 60.

## EL ZOO-MAGNETOSCOPIO.

Se ha pretendido explicar claramente el magnetismo animal ó la acción de un animal dotado de la atracción de la piedra imán, por medio de un aparato muy sencillo, al cual sin embargo se ha dado un nombre sonoro y retumbante. El efecto de este instrumento es real y verdadero; pero los charlatanes lo atribuyen á una causa misteriosa, que solo existe en sus acalorados cerebros.

Se mete una aguja de coser por la parte del ojo en un tapon de corcho, de manera que colocado este sobre una mesa, quede aquella perpendicular: se corta en seguida una tira de papel fino (se recomienda el de calcar) de un milímetro de ancho y cuatro centímetros de largo, se dobla por la mitad apretando bien el pliegue, se igualan bien las dos puntas con unas tijeras, se abre después la tira de modo que sus dos mitades formen casi un ángulo recto una sobre otra, y por último se pone cuidadosamente el papel sobre la aguja, de tal manera, que la punta de esta sostenga la tira por medio del pliegue. El aparato está ya concluido.

Para servirse de él se forma una especie de tubo con la mano, apoyando la punta del pulgar sobre la del dedo *medium*; se coloca la mano en la mesa, descansando sobre el dedo pequeño, á fin de que la aguja se encuentre casi en el eje del tubo formado por la concavidad de la mano, siendo indispensable que las dos puntas de la tira de papel puedan dar vueltas alrededor de la aguja sin que la mano llegue á tocarlas. Entonces se ve oscilar á la tira en diferentes direcciones, hasta que al fin adquiere un movimiento decisivo de rotación desde la punta del dedo *medium* al pulgar, desde el pulgar hasta el hueco de la mano, y desde este hueco hasta el dedo *medium*. Y no decimos que el papel da vueltas de derecha á izquierda porque se pueden tomar esas direcciones pasando por delante, por encima, por detrás y por debajo; de modo que la trase generalmente usada, dar vueltas de derecha á izquierda y vice-versa, no espresa realmente sentido alguno de rotación.

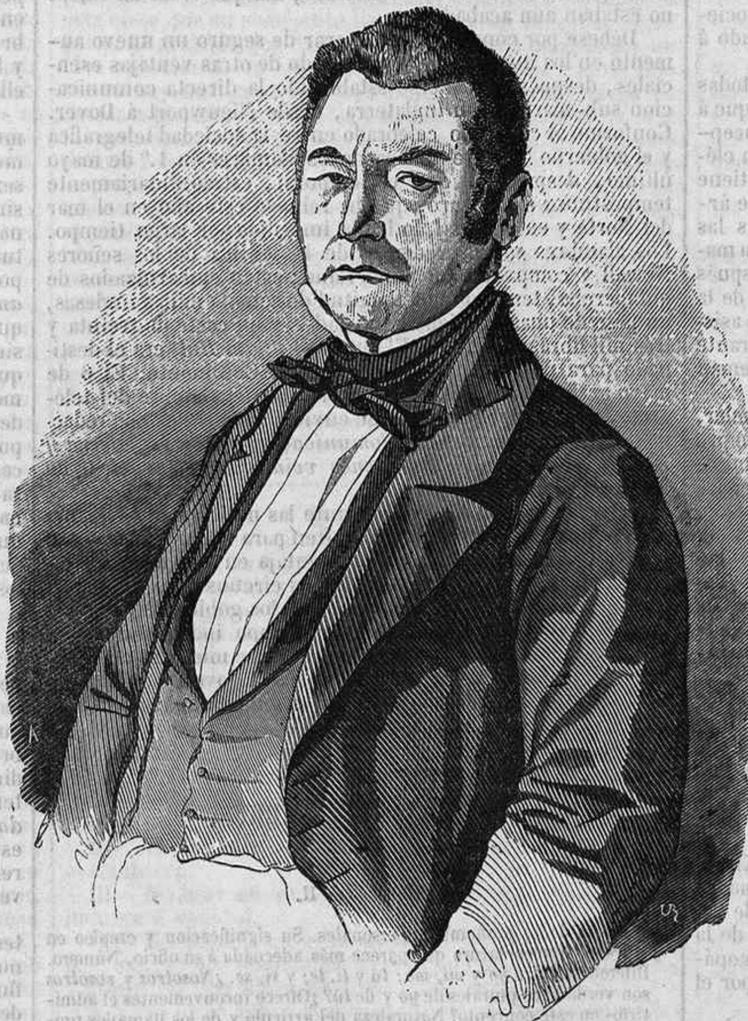
Cuando se cambia la mano, acontece lo mismo á dicho sentido, y la parte de la tira de papel que está hacia la mano durante la media vuelta, se dirige siempre desde el hueco de la misma hacia las puntas de los dedos. Los incautos esclaman que este fenómeno es obra del fluido, y sin mas exámen cierran los ojos y creen abiertamente lo mismo que propalan.

El hombre observador y curioso conoce desde luego que en este experimento no hay mas fluido que el aire, ni otro fenómeno vital mas que el calor de la mano, que establece una corriente semejante á la que se nota en una chimenea, en la cual se ha encendido fuego durante algun tiempo.

Desde luego podemos asegurar que, si en vez de hacer que se toquen las puntas del pulgar y del dedo *medium*, se separan, manteniendo únicamente cerca de la aguja la yema del primero, continuará el movimiento, lo cual prueba suficientemente que el contacto no es indispensable para la realización del fenómeno. Pero si se aplica al aparato una bomba de quinqué bastante ancha para que no toque á la tira de papel, mientras la bomba descansa sobre la mesa, por mas que se la cerque por una ó por muchas manos; y por mas esfuerzos que se hagan para magnetizar el papel y hacerle que adquiera las propiedades que obtendría de su contacto con la piedra imán, se perderá lastimosamente el tiempo, porque la tira permanecerá estacionaria y sin moverse, á menos que no llegue á impelerla alguna columna de aire. Si, por el contrario, se levanta un poco la bomba de cristal, de modo que el aire pueda introducirse por debajo, el calor de la mano establece una corriente, y como esta ha de subir rectamente, salvan aquellas agitacion irregular y esterior, el papel se balanceará con la misma irregularidad, pero no dará vueltas. Si la bomba, en vez de estar unida por dentro, tuviese un desahogo en forma de hélice, como un tornillo de Arquímedes, al cual se quitase el espigon, la corriente producida por el calentamiento se torcería al subir y haría dar vueltas á las alas del instrumento.

Examinando por consiguiente el tubo formado por la mano en la posición ya indicada, se ve que el interior de los dedos y la parte del hueco de la mano, comprendida entre el nacimiento de aquellos y el pliegue de la masa carnuda del pulgar, forman una parte de las paredes de la chimenea perpendicular con corta diferencia, en cuya dirección sube rectamente el aire condensado por el calor: por el contrario, desde dicho pliegue hasta la entrada de la chimenea, la masa carnuda (*músculos aductores*) del pulgar presenta un plano inclinado por el cual se desliza el aire caliente, subiendo oblicuamente hacia la base del índice, é impele hacia la de los demás dedos la parte de la tira de papel que se encuentra dentro del hueco. De aquí resulta el verdadero movimiento de rotación que antes hemos explicado.

Colocando la mano ahuecada, pero de modo que todos los dedos menos el índice toquen la mesa, se consigue, al cabo



D. José Maria de Orense, marqués de Albaida.

de cierto tiempo, que la tira dé vueltas en sentido contrario, esto es, desde el pulgar hasta el dedo *medium*, desde este hasta el hueco de la mano, y desde el hueco de la mano hasta el pulgar. El seguir al fenómeno y el asegurarlo por medio del tacto es empresa fácil, desde el momento en que el operador fija la dirección de las corrientes de aire cálido que suben obedeciendo al impulso de cada parte de la mano.

Por último, pudiera muy bien llamarse el instrumento que produce semejantes fenómenos naturales, ya que por fenómenos pasan los indicados, *chimenescofia*, *corrientescopia*, etc., etc.; pero nunca debe decirse que posee las cualidades del imán, que sus efectos son magnéticos, pues su acción vital no presenta otro misterio que el del calor animal, fenómeno ciertamente maravilloso en sí mismo, pero que nada tiene de nuevo, supuesto que es conocido hace ya muchos años.

Es por consiguiente un absurdo dar el nombre de *Zoo-magnetoscopio* al aparato cuya descripción y efectos nos han ocupado en estas líneas. Los aficionados á aplicar universalmente la acción magnética del fluido animal, los que juran bajo su palabra de honor que han visto bailar á las mesas y correr á los sombreros por una sala, los que están dispuestos á admitir la presencia de espíritus parlantes en cuerpos inanimados, anatematizarán las anteriores observaciones como hijas de la ignorancia, dirán que vivimos dos siglos mas atrasados que ellos, y nos argüirán con los adelantos de la ciencia y con el *E pur si muove* del célebre astrónomo italiano.

Nosotros no contestaremos á sus paparruchas; nos contentaremos con encojer los hombros y reirnos de los que así confunden la ciencia con el charlatanismo y los grandes descubrimientos con los delirios de sus exaltadas imaginaciones. Afortunadamente va pasando ya el furor de los experimentos magnéticos: las estravagancias de la secta de los *espiritualistas* norte-americanos son insostenibles en la vieja Europa, que sacudió hace muchos años el yugo de la *varita de virtudes* y el de los horóscopos por medio del *espejo mágico*. Además, por mucho que nos ponderen la utilidad de la aplicación del magnetismo animal á cuerpos inanimados, nosotros no la comprendemos: si es cierta la rotación de las mesas y la de otros muebles por la acción de la cadena electro-magnética, hecho que confesamos ingenuamente no vemos comprobado, se habrá descubierto un fenómeno, se habrá contemplado una cosa rara, increíble y nunca vista; pero se habrán exagerado mucho al mismo tiempo los adelantos científicos con motivo del nuevo prodigio, porque no se conciben fácilmente los resultados que puede proporcionar á la ciencia el hecho de que una mesa empieza á dar vueltas en una sala, con tal que al efecto se reúnan contra su inmovilidad condiciones que no en todos casos y circunstancias pueden obtenerse.

El magnetismo animal, sin traspasar los límites que la ciencia le ha señalado, es un auxilio poderoso para la misma; pero si se le convierte en maravilla, si se le hace agente de efectos sorprendentes, que pueden explicarse sin violencia por las leyes físicas de la naturaleza, solo sirve de ridículo alarde de un empirismo que tantos estragos ha hecho, profanando los sanos principios y pervirtiendo con sus inmundas paradojas las mas aceptables doctrinas.

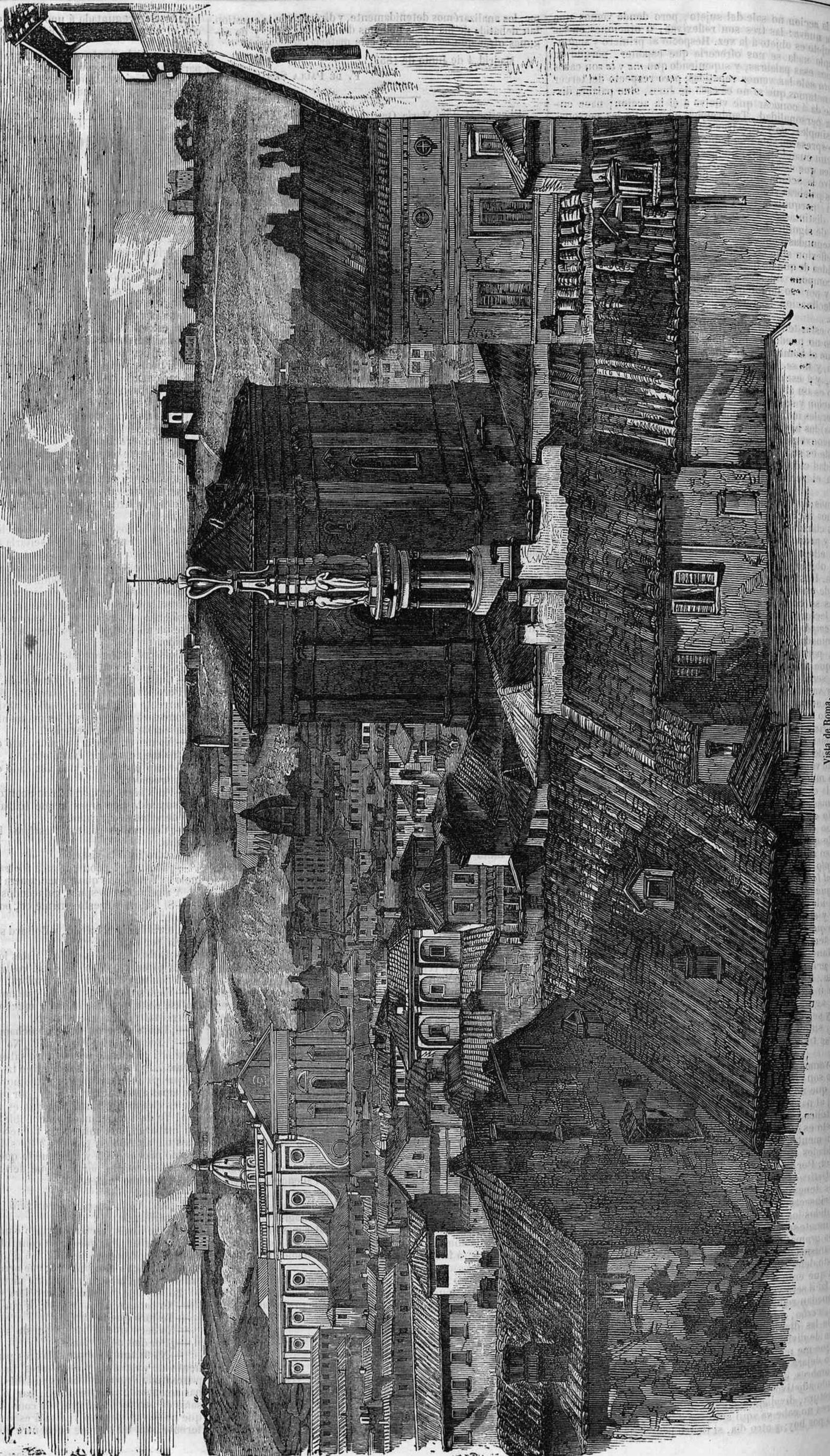
LA COLONIA ALEMANA  
DE LOS SEPARATISTAS EN ZOAR.

El County Tuscarawa en medio de Ohio en la América del Norte tiene tres cosas memorables: en Salem, pueblo de este distrito, nació en el año de 1781 el primer niño blanco en Ohio, en Gnadenhütten se halla la colonia mas antigua de hermosos moravos en el Oeste, y por último en Zoar viven los extraños partidarios de Bäumler, cuya colonia socialista merece llamar la atención de todos los viajeros. Su historia es la siguiente:

En el año de 1817 abandonaron unos ciento cincuenta separatistas de Suabia su patria en Würtemberg para emigrar á América, donde no se les ponía trabas á sus creencias. En el mes de agosto desembarcaron en Filadelfia, donde en vista de ser gentes cuya riqueza apenas consistía en otra cosa que en su fuerza corporal y habilidad, se vieron precisados á ganarse su sustento con los trabajos mas humildes. Pero durante el viaje, un joven había adquirido su amor y confianza por la prudencia, sencillez y complacencia que le distinguían, y cuyo nombre era José M. Baumler. Primeramente había sido éste tejedor, después maestro de escuela, y cuando ahora en América ocupó el lugar de un consejero y director de sus compañeros, desarrolló un talento extraordinario. Nombrado unánimemente presidente de la sociedad, compró en los bosques del Ohio entonces aun medio salvaje, á las márgenes de Tuscarawa, por una insignificante cantidad, un terreno de 5,500 fanegas de tierra, á donde se trasladó la sociedad en medio del invierno. Ignorantes del país, rodeados de desiertos, pobres y escasa-







Vieta de Roma.

caja  
dine  
reto  
la p

lado  
febr  
no e  
We  
el ic  
bra  
mi  
que  
hab  
reco  
neg  
pod  
bia

era  
var  
el t  
ase  
pre  
que  
dán

ta,  
él la  
tent  
y al  
van

Luisa se quedó como herida por un rayo. Pálida, descajada y con la vista fija, permaneció un instante aturdida: dirigiendo después á Arturo una mirada, arrojó un grito, se retorció las manos cual si estuviese demente, y corrió hácia la puerta de salida exclamando:  
—Adios, Arturo!

XI.

Antonio entre tanto suspiraba en Alemania por volver al lado de su adorada Luisa, y esperando con una impaciencia febril tan anhelado momento. El nuevo país en que se hallaba no era el que había soñado cuando traducía á su amada el *Werther*, el *Conde de Egmont* y los *Cuadros de Familia*, ni el idioma de los que le rodeaban era el que estaba acostumbrado á oír á los héroes de Goethe y de Schiller. Su pensamiento estaba en Rennes y se exasperaba de día en día, por tanto que había visto al banquero de Francfort y aun había hablado con él acerca del asunto que se le había confiado por recomendación de su amigo Randel, temía la lentitud en los negocios, tan propia del carácter alemán, figurándose que no podría estar de vuelta en su patria tan pronto como se lo había figurado.

Por otra parte había conocido desde luego que el banquero era hombre leal y de buena fé, y que con perseverancia llevaría á cabo, por su medio, una esplicacion ventajosa para el nuevo propietario de las orillas del Rin: esto era tanto como asegurar su propia fortuna, y por consiguiente no debía despreciar la favorable ocasion que le deparaba la suerte para que pudiese tender una mano protectora á la pobre huérfana, dándole el nombre de esposa suya.

Una sola carta había recibido de la jóven, carta fria y corta, en contestacion á las muchas apasionadas y estensas que él la había dirigido; y sin embargo creyó volverse loco de contento al leer aquellas líneas trazadas por una mano indiferente y al aplicarlas con fervor á sus labios. Pero no tardó en desvanecerse el encanto, y Antonio comprendió al fin que no era



Luisa.

amado: el instinto de los celos le hizo adivinar que la salida de Luisa de casa de su madre y el hallarse establecida é independiente, como ella decía, eran obra de Arturo. Esto le ocasionó un dolor veheméntísimo y se propuso apresurar la terminacion del negocio que tenia entre manos, á fin de volar al socorro de aquella jóven, á la que juzgaba mas imprudente que culpable. Disgustado de todo, dejó de frecuentar los paseos de Francfort, no cultivó mas relaciones que las de la familia del banquero, y deseando al mismo tiempo no abandonarse al profundo pesar que le devoraba y sostener un valor que por tantos motivos le era necesario, aprovechó los momentos que le dejaba libre el arreglo de las cuentas de la propiedad para entregarse á la lectura.

Luisa llegó á su casa maquinalmente y con la muerte en el corazon: el cartero del barrio entró al mismo tiempo, y la entregó una carta; al reconocer la letra dió un suspiro, porque la carta era de Antonio.

Aplicó la jóven ambas manos á su frente y cerró los ojos, como si la amenazase un nuevo dolor, hasta que al fin, haciendo un esfuerzo, abrió el papel y leyó lo que sigue:

«No me escribes, Luisa, nadie me da noticias de tí, y no puedo sufrir mas tiempo esta inquietud. Salgo de Francfort y recibirás esta carta pocas horas antes de mi llegada. He querido prevenirte de mi determinacion, temiendo que mi repentina llegada te impresionase demasiado»

«¿Cómo me recibirás, Luisa? Mi suerte va á decidirse, y temblo. ¿Dios quiera que mis sueños de felicidad se realicen!»

«ANTONIO.»

El efecto que produjeron en Luisa estas líneas fué terrible, pues la noticia de la próxima vuelta de Antonio era, en su angustiosa situacion, el golpe mas fatal que podía recibir. Su cabeza se trastornó al pensar que iba á encontrarse delante del hombre generoso y bueno á quien había hecho traicion; pues si hasta entonces solo había tenido que combatir contra



Corridas de trineos en Filadelfia.





La última cena del caballero Chateaufeuf en Tours debía ser una cita; ¡Y con quién!

Hé aquí la única cuestión que se debatía en el gran comedor del piso bajo, cuando se presentó de pronto en él un oficial de dragones de rigoroso uniforme y preguntó á un huésped:

—¿Podriais indicarme la habitacion que ocupa el ciudadano Chateaufeuf?

Todos los semblantes espresaron una satisfaccion general, pues la reputacion del hermoso currutaco quedaba en su lugar correspondiente. ¡El objeto de su cita era un amigo, á quien esperaba á cenar! Las mugeres lloraban de puro enternecimiento, en tanto que el huésped interpeado cojió una bugia de la mesa y respondió al oficial:

—Capitan, deseo tener el gusto de guiavros hasta el aposento de ese jóven, que ha llegado á ser nuestro amigo.

—Sí, sí, nuestro amigo, repitieron todos los huéspedes.

—Nuestro verdadero amigo, añadió una dama. ¡Qué elevacion de sentimientos! ¡Qué carácter! ¡Qué delicadeza!

—¡Demonio! murmuró el oficial; hé aquí el entusiasmo que acompaña á los conquistadores.

No bien llegó á la habitacion de Chateaufeuf, cuando este cerró la puerta. El capitan Raimundo y el currutaco se encontraron frente á frente, como dos ministros plenipotenciarios, que se dan la última cita, después de haber celebrado mil conferencias diplomáticas.

—¡Hola, capitan! exclamó el segundo: hemos abandonado el incógnito, supuesto que adoptamos ya el uniforme. ¿Se ha abierto la campaña?

—Sí, querido amigo, contestó Raimundo; no quiero ser el último que vista el uniforme, cuando la patria necesita de sus defensores.

—Lo cual quiere decir que vuestro general ha desembarcado y que vais á reunirnos con él para reclutar regimientos y marchar á París.

—Tengo otros proyectos, y ya os he dicho que no conspiro contra el gobierno.

—¿No vais á la Provenza á esperar á Bonaparte? Yo le supongo en Cerdeña, adonde ha arribado, después de atravesar milagrosamente por medio de los cruceros ingleses. El almirante Sydney-Smith es un solemne majadero.

—Teneis buenos informes, pero los míos son mejores.

—Sentémonos á la mesa; os ofrezco una cena de fonda de provincia.

—Y la acepto con mil amores, dijo el oficial descifrándose el sable.

Tomaron ambos asiento á una mesa elegantemente servida, y despidieron á los criados, á fin de poder hablar con mas libertad.



Las cenas del Directorio.



Rico y pobre.—Luisa y Arturo.

—Veamos ahora dónde está Bonaparte en este momento, dijo Chateaufeuf. ¿A cuántos estamos?

—A 28 de setiembre, respondió el oficial: Bonaparte se halla en todas partes y en ninguna.

—Ha tocado en la punta de la isla de Cerdeña.

—Es verdad, querido amigo, pero después ha vuelto á tomar el largo.

—No podeis negar, señor diplomático, que vuestro general ha tenido que luchar contra los vientos para salir de las aguas de Egipto.

—Nunca niego los obstáculos, sea cual fuese su naturaleza.

—El almirante Gantheaume queria arribar á Alejandria.

—Pero Bonaparte se ha opuesto, y la escuadrilla ha proseguido su rumbo.

—Cierto, capitan, y esa escuadrilla se compone...

—¿Lo ignorais, ciudadano Chateaufeuf?

—No por cierto: de dos fragatas, la *Mairon* y la *Currere*.

—Y de dos goletas nombradas la *Revanca* y la *Fortuna*.

—Ese es un presagio feliz, capitan. ¿Sabeis que los dos estamos muy bien informados? Sin embargo, confieso mi inferioridad respecto á un punto. Bonaparte ha desaparecido para mí desde que tocó en la isla de Cerdeña. ¿Dónde se halla ahora?

—¿Pretende el caballero Chateaufeuf sacarme las palabras del cuerpo?

—¡Villana suposicion, capitan! Deseo instruirme, y el Directorio carece de noticias.

—Y no le dareis las que yo pueda comunicaros, pues sois demasiado leal para representar semejante papel.

—Capitan, todo puede cansarme en el mundo, menos la senda del honor.

—Pues bien: hoy 28 de setiembre, Bonaparte fondea en frente de Ajaccio, para visitar la cuna de su familia.

—¡Qué sensibilidad! Y supongo que desde Ajaccio pasará el ilustre general...

—A Francia.

—¿Y el desembarco? ¿En Marsella? ¿En Tolon? ¿En Antibes?

—Lo ignoro: el águila nunca indica el punto donde va á caer.

—¿Y es un águila Bonaparte?

—Como vos sois un cisne, hermosa Coraly.

Este entusiasmo imprevisto cambió la situacion. En efecto, ya estaba Coraly cansada del papel y del nombre de Chateaufeuf, y observó con indelicado placer la galantería de Raimundo, pues ella le recordaba ciertos dias de ilusiones y de locas esperanzas.

Raimundo por su parte ignoraba lo que habia acontecido en el castillo de Rency durante la

visita de su disfrazada amiga; lo que tenia por cierto era que habia besado la bellisima hija del marqués guardaba la importante carta escrita por el director Sieyes.

Coraly no se apresuraba á desengañarle y gozaba plenamente de las ventajas de su posicion, pues podia atormentar al roso sentimientos conoia. ¿Quería emperad de dos criaturas que se amaban? ¿Estaba pronta á perder al capitan Raimundo, Elena?

No; Coraly no era muger que abrigase tan viles sentimientos, á pesar de que los celos atormentaban cruelmente su desgarrado corazon.

Proseguian cenando y departiendo amistosamente acerca de los sucesos politicos de la época, cuando Raimundo dijo de pronto:

—Sabed, encantadora Coraly, que antes de que recibiese vuestra invitacion, he tenido noticia de vuestra persona: supongo que en la visita extraordinaria que anoche os proponiais hacer, habeis conseguido el éxito mas completo, y me figuro que me hareis la justicia de creer que no os he anunciado ni comprometido.

—Eso os ha valido mucho, capitan, pero ya contaba con vuestra lealtad.

—¿Y nada me contareis de esa visita?

—Nada, porque nada de particular ha ocurrido en ella. El loco marqués ha reconocido en mi persona al heredero de su mas antiguo amigo, y me ha presentado á su hija como su futuro esposo.

—¡Bah!... ¿Y habeis aceptado ese papel?

—Me lisonjaba mucho. Además, hemos evocado recuerdos de familia y murmurado al mismo tiempo de todos los Vitry pasados, presentes y venideros. Os aseguro, capitan, que el marqués no es muy amigo vuestro.

—Ya lo sé, señorita, pero hubiera sido generoso de vuestra parte...

—¿Poneros en las nubes? Tiempo perdido con un testarudo como el marqués: por otra parte, ¿no sois el rival de Chateaufeuf?

—Pues bien, habládme de vuestra futura esposa.

—De ningún modo.

—¿Por qué?

—Porque no deseo contribuir ni perjudicar.

—¿Qué rigidez de principios!

Al pronunciar estas palabras, se quedó pensativo el capitan y Coraly guardó silencio. Llamaron á la puerta suavemente; era el criado de servicio que entraba con los postres. Apenas se marchó, cuando los dos amigos prosiguieron su conversacion, interrumpida en el punto mas interesante para Raimundo.

(Continuará.)



Rico y pobre.—Luisa.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.